

Madrid: Editora
y pastores de
en las literaturas
tro mundo en la
antes de Miguel
ratura española.
Carrasco (2001):
Iberoamericana-
caballeresca, por
dios Cervantinos,
brujas. *Leyendas*
Burgos. Burgos:
vivate de Laura.
io de Castro.
os poemas épicos
ultratumba de los
pp. 129-154.

Sobre una vocecilla con la que tropezaron dos grandísimos editores y su posible interpretación con la ayuda del *Jardín de flores curiosas* y otros textos

Mercedes Cobos
Universidad de Sevilla

Sobre esa voz que hizo caer a tan grandes editores hay que tropezar
dición que se halla en el v. 49 de la "Silva al estío", de Francisco de Calatayud.

Después de presentarse con un artículo, como por habido Cobos, que en la edición participó en el volumen
y no a la gentileza de aliter y al capoteo, como ella misma, considerando como un error haber sido
realizado por el tiempo en la edición Cobos, Mercedes, Francisco de Calatayud y Antonio de 1946 y otros
Sevilla, 1946. *Tipografía Provincial de Sevilla*, 1946, p. 171. Haber llevado a cabo y publicado, nada ya
sobre unos años, un trabajo sobre este asunto, después de algunos años desde que Cobos Calatayud, Madrid,
"Sobre una vocecilla de Francisco de Calatayud", *Hispania*, 12 (1954), pp. 255-260. Aquí se que queda aquí
considera de él y de la presencia de la letra de dicho artículo, que desde el primer momento me acordé a
no devolví a la publicación de mi exposición, a pesar de lo contrario. Entre otras cosas, porque no siempre
son buenos ejemplos en los mismos textos, por el contrario, según he visto, parecen haberse dividido en
una época. Particularmente me sorprende haber podido apreciar estos caracteres. Como ya he mencionado que
hasta a pesar de la interrogación con la que se cubren el trabajo de análisis, he tratado en su totalidad
a los respecto, una curiosidad, desde luego, más modesta, por la respuesta que se halla en el artículo que me
refiere, como todo su artículo.

Esos dos grandísimos editores a los que alude el título son verdaderamente dos de los más finos y abnegados de nuestras letras: Dámaso Alonso y José Manuel Blecua, editores respectivamente nada menos que de Góngora y Quevedo, por citar sólo dos casos extremos de una larga nómina. Pocos trabajos tan arduos y meritorios como el llevado a cabo por el primero con la obra del genial cordobés. Y, sin embargo, quien había allanado tantas dificultades y salvando tantos obstáculos, vino a tropezar con una vocecilla que no ofrecía ni la mitad de dificultad que cualquiera de los versos del *Polifemo* o las *Soledades*. Este detalle, que no pasaría de lo anecdótico, adquiere de pronto mayor interés cuando advertimos que, años después, otro gran estudioso como Blecua vuelve a dar un nuevo traspies al salirle al paso en el mismo verso la dichosa palabreja. Como decíamos, sin que la cosa deje de ser un tanto anecdótica, no puede negarse que cuanto menos resulta curioso que dos de nuestros mejores editores y estudiosos de la poesía del Siglo de Oro fueran ambos a tropezar en la misma piedrecilla.

Sobre esa voz que hizo errar a tan curtidos editores hay que empezar diciendo que se halla en el v. 49 de la "Silva al estío", de Francisco de Calatayud,

* Después de presentada esta comunicación, supe por Isabel Colón, que casualmente participaba en el congreso y tuvo la gentileza de asistir a mi exposición, cómo ella misma, compartiendo cierta observación sobre esta cuestión hecha por mí tiempo atrás (vid. Cobos, Mercedes, *Francisco de Calatayud y Sandoval. Vida y obra*, Sevilla, Exema. Diputación Provincial de Sevilla, 1988, p. 87), había llevado a acabo y publicado, hacía ya también unos años, un trabajo sobre este asunto, llegando a idéntica conclusión (vid. Colón Calderón, Isabel, "Sobre unos versos de Francisco de Calatayud", *Dicenda*, 12 (1994), pp. 255-260). Justo es que quede aquí constancia de ello y de la generosidad de la autora de dicho artículo, que desde el primer momento me animó a no renunciar a la publicación de mi exposición a pesar de tal coincidencia. Entre otras cosas, porque no siempre nos hemos apoyado en los mismos textos; por el contrario, ambos trabajos presentan bastante diversidad en este sentido. Particularmente me complace haber podido aportar ciertos documentos hasta ahora inéditos que vienen a despejar la interrogante con la que se cerraba el trabajo de nuestra colega y satisfacer así su curiosidad a este respecto; una curiosidad, desde luego, nada ociosa, pues la pregunta que se hacía no era baladí sino muy acertada, como todo su artículo.

de la que hasta el momento no conocemos más que un único testimonio. Nos lo ofrece el manuscrito *Flores de poetas*, antología reunida por Juan Antonio Calderón, cuya dedicatoria a don Diego López de Haro lleva fecha de 1611 y que, a diferencia de las *Flores de poetas ilustres de España* (1605), colectada por Pedro Espinosa, no llegó a imprimirse en su época. De hecho, no sería editada por primera vez hasta 1869, en Sevilla, por Juan Quirós de los Ríos y Francisco Rodríguez Marín con el título de *Segunda parte de las flores de poetas ilustres de España*, por el que desde entonces es comúnmente conocida.

Por tratarse de un poema poco difundido y porque, como veremos enseguida, es importante no perder de vista el contexto en el que se inserta el controvertido verso, ofrecemos, siguiendo esta primera edición, el mismo fragmento (vv. 43-76) que reprodujera Dámaso Alonso en 1948 en su magnífico trabajo sobre la vida y la obra de Medrano:

(...)

Sed la estación ardiente
Á todos los vivientes ha traído:
Bebamos, pues, Leucido, alegremente;
Bebamos y olvidemos
Congojosos cuidados;
Y en tanto, recostados
En el cuero que el mosco á España envía,
El dulce aligeremos
Con que sepa mejor el agua fría;
Y á aquella apenas luz que nos visita
Temerosa y marchita,
Impídele la entrada;
No haya del enemigo en casa nada.
¡Qué bien el metal suena!
No el impedido plomo vomitando
Del fuego artificioso sacudido,
Sino con manso ruido
La nieve regalando,
Y el licor puro, que en su seno encierra,
En nieve convirtiendo.
¡Oh agradable elemento!
¡Oh más dulce instrumento
Que aquel que el curso al agua deteniendo,
Pudo mover la más constante sierra!
Bebamos, pues, bebamos:
Venga en luciente vidrio cristalino
Que la pura y bruñida plata afrenta,
No el oloroso vino,
Sino el licor que en faz serena y leda

Llega á nacer copioso al alameda;
 Ó en yelo convertido
 Llene el vaso de púrpura bañado,
 De donde blandamente derribado
 Recree nuestro espíritu encendido.
 (...)¹

Allí Alonso introduce una enmienda por conjetura –recuérdese que se trata de un texto de testimonio único–: “moro” por “mosco”, que justifica así: «El original dice “mosco”, que no es imposible. Pero parece más probable que se refiera a cueros marroquís»². No sabemos, porque él no lo explica, qué entiende por “mosco”, aunque sospechamos que está pensando en la primera de las dos acepciones que al respecto ofrece el *DRAE*: “*mosco*, *ca*: (De mosca.) adj. Chile. Dícese del caballo o yegua de color muy negro con algún que otro pelo blanco entre los negros. // 2. m. Mosquito, insecto”. En cualquier caso, la primera objeción que cabe hacer es que parece extraño que la supuesta confusión entre “mosco” y “moro” se produjera en este sentido, ya que, dada la mayor rareza del primero, lo que se habría producido no sería una trivialización, como es lógico y habitual, sino todo lo contrario. Mucho nos tememos que quien estaba incurriendo en una *lectio facilior* era el propio Dámaso Alonso.

Por su parte, Blecua, que estimó esta silva digna de volver a ocupar un lugar en una antología de la poesía española del Barroco, la incluyó completa en la que preparó en 1984 sin introducir ningún tipo de enmienda en el v. 49. Creyó necesario, no obstante, tratar de aclarar en sendas notas explicativas el sentido no sólo de “mosco”, para el que, aunque añadiendo cierta precisión, recurre a la segunda acepción de *DRAE*, sino también de “cuero”: “*cuero*: lo mismo que ‘boto’. *Mosco*: el mosquito del vino”³. Pero esto no sólo no nos ayuda a entender mejor el verso, sino que, por el contrario, da como resultado una lectura tan poco conveniente que se comenta por sí misma. Repárese en que el poeta y su amigo, de nombre poético Leucido, están “recostados” (v. 48) en ese cuero, por lo que de ninguna manera puede tratarse de un boto o bota de vino; y, por otra parte, beben o se disponen a beber no vino, que es rechazado expresamente por Calatayud (v. 70) sino agua y, siguiendo los nuevos usos, que también reflejan otros textos⁴

¹ *Segunda parte de las flores de poetas ilustres de España*, ed. de J. Quirós y F. Rodríguez Marín, Sevilla, 1869, comp. n.º 137, vv. 43-76, pp. 209-210 (El subrayado es nuestro).

² Dámaso Alonso, *Vida y obra de Medrano I*, Madrid, CSIC, 1948, p. 312, n. 8.

³ José Manuel Blecua (ed.), *Poesía de la Edad de Oro, II: Barroco*, Madrid, Castalia, 1994, p. 174, n.º.

⁴ Sobre esta cuestión puede verse Vivente Lleó Cañal, *Nueva Roma: Mitología y Humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, Excma. Diputación Provincial de Sevilla, 1979, p. 29. *Vid.* otros casos en Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensosa, *Rimas*, ed. de José Manuel Blecua, Madrid, CSIC, 1950, 2 vols., vol. II, p. 95 y Francisco de Rioja, *Poesías*, ed. de Begoña López Bueno, Madrid, Cátedra, 1984, p. 195.

—sobre esta cuestión volveremos más adelante—, agua helada, enfiada con nieve en una vasija metálica (vv. 51 y 56-76). Parece, pues, el tipo de anotación —desgraciadamente tan frecuente, aunque desde luego no en las ediciones de Blecua— que se hace prescindiendo del contexto.

En resumen, de las dos acepciones de “mosco” que ofrece el *DRAE*, ninguna, ni la segunda, por la que opta Blecua, añadiendo la precisión “del vino”; ni la primera, en la que, aunque sin precisarlo, parece estar pensando Alonso al proponer la enmienda, conviene a nuestro texto.

Ni el *Diccionario de autoridades* ni los vocabularios de la época, como el *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Covarrubias, nos prestan auxilio en este caso. Sí lo hacen, en cambio, ciertos documentos y textos históricos y literarios, apoyándonos en los cuales nos atrevemos a sostener que la lectura auténtica no es “moro” sino “mosco”, que aquí debe entenderse como “moscovita”, habitante de la antiguamente denominada Moscovia, como a continuación trataremos de argumentar.

Queremos dejar bien claro desde este momento que, más allá de este llamativo pero anecdótico tropiezo, es mucho lo que Calatayud le debe a Dámaso Alonso y a José Manuel Blecua. Pues, aunque editada por primera vez por Rodríguez Marín como parte de la antología colectada por Juan Antonio Calderón en 1611, fue Alonso el primero en reparar en esta silva y en llamar la atención sobre ella; y Blecua, quien le devolvió el lugar que sin duda merece en las antologías de la poesía española de los Siglos de Oro. Eso, nada menos, le deben Calatayud y sus lectores a Alonso y a Blecua, por lo que bien puede disculparse tan pequeño traspiés por tan gran servicio.

Dicho esto, volvamos al malhadado “mosco”. Si en el s. XVI Paulo Jovio, en el “Elogio de Basilio, Duque de Moscovia”, advertía que los lituanos y polonos (polacos) llamaban a veces rusianos (rusos) a los moscovitas (*Elogios*, lib. VI), en el s. XVIII el Duque de Berwick, ya desde el primer capítulo de su *Relación de Moscovia*, se queja de que toda Europa haya dado en llamar moscovitas a los rusos: “En toda Europa han dado en llamar á la monarquía del Czar, Moscovia, y á sus vasallos moscovitas, siendo así que la Moscovia no es más que una provincia cuya capital es Moscou, que lo es también de todo el imperio que se llama Rusia”⁵.

⁵ Jacobo Fitz James, Duque de Berwick, *Conquista de Nápoles y Sicilia y Relación de Moscovia*, Madrid, Imprenta Tello, 1890, p. 315.

⁶ En la “Moco” ajustarse moscos, p. 293].

⁷ Antonio 495.

⁸ Rodríguez Literaria].

⁹ Damián

¹⁰ Vid. Kl. Diputación biográfica de la Gran Internacia 1996, 2 v.

De los moscos hablan ya Heródoto y Plinio⁶. Muchos autores y traductores del XVI y del XVII hablan de moscos y moscovitas como de una misma cosa, así como, por ejemplo, Olao Magno en su *Historia de gentibus septentrionalibus* o Antonio Possevino en su *Moscovia*. Generalmente les diferencian de los rusianos aunque saben bien que el gran Duque de Moscovia era asimismo Emperador de Rusia. Así lo hace también Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*⁷.

Referencias, relaciones, mapas y tratados sobre Moscovia y sus correspondientes traducciones al español no son raros a lo largo de los ss. XVI y XVII. En 1632 Rodrigo Fernández de Ribera, en *El mesón de mundo*, con no poco sorna, escribe:

Pasé a otra relación que decía: *Memorable victoria que el Rey de Dinamarca alcanzó del Duque de Moscovia, por la mar de ducientas velas, y con mucha costa y trabajo, en que le tomó un bergantín, echándole a fondo dos, no llevando el Moscobita más que cincuenta bageles, y teniendo el viento contrario.*

—esta sí que es relación verdadera entre todas las que he oído—dije—, que cuenta las circunstancias de los sucesos con escasez, y las felicidades costosas como ellas son.⁸

A manera de ejemplo, el Doctor Constantino, a mediados del XVI, y el dramaturgo Damián Salucio de Poyo, en el primer tercio del XVII —éste último autor además de un discurso sobre la *Genealogía y origen de los Guzmanes* en el que menciona a “los Príncipes de Moscovia, Emperadores de Rusia”⁹—, tenían ambos en su biblioteca un ejemplar de la obra del Varón de Herberstein *Rerum Moscoviticarum commentarii*¹⁰. Rodrigo Caro, contemporáneo de Calatayud, contaba en la suya con obras de Pomponio Mela, Abraham Ortelio y con la

⁶ En la *Jerusalén conquistada*, de Lope, hallamos una referencia [“(…) vezino/ al Tauro Albano y al Yberio Moco” (II, v. 4), (ed. de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, CSIC, 1951, 2 vols., vol I, p. 108)] que parece ajustarse a las afirmaciones de Plinio sobre la situación del territorio de este pueblo: “(…) y la zona de los moscos, junto al río Hiberno”, [*Historia natural* (VI, 10), trad. de Antonio Fontán et al., Madrid, Gredos, 1998, p. 293].

⁷ Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, ed. de Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1982, pp. 494-495.

⁸ Rodrigo Fernández de Ribera, *El mesón del mundo*, ed. de Víctor Infantes de Miguel, Madrid, Legasa Literaria, 1979, p. 145.

⁹ Damián Salucio del Poyo, *Genealogía y origen de los Guzmanes*, BNM, ms. 599, ff. 41r-v.

¹⁰ Vid. Klaus Wagner, *El Doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, Excma. Diputación Provincial de Sevilla, 1979, p. 49, n.º 79. y Mercedes Cobos, “Revisión crítica de los estudios biográficos sobre el dramaturgo Damián Salucio del Poyo a la luz de nuevos documentos inéditos”, en Agustín de la Granja y Juan Antonio Martínez Berbel (ed.), *Mira de Amescua en candelero. Actas del Congreso Internacional sobre Mira de Amescua y el teatro español del siglo XVII*, Granada, Universidad de Granada, 1996, 2 vols., vol. II, p. 96.

Historia septentrional, de Olao Magno¹¹. Esta misma poseía, entre otras muchas históricas y geográficas, el abuelo de Francisco, Hernán López de Calatayud, quien también contaba con un ejemplar de los *Elogios*, de Jovio, y, lo que es más interesante, con “un libro llamado Jardín de flores” —¿quizás el *Jardín de flores curiosas*?—¹². En muchas otras obras de carácter general, como, por ejemplo, en las *Relaciones universales del mundo*, de Juan Botero Benes —que asimismo figura en la biblioteca de Salucio de Poyo¹³—, cuya primera y segunda parte se tradujeron y publicaron en 1603 a instancia del padre de nuestro autor, don Antonio López de Calatayud¹⁴, tampoco se olvidaba a los moscovitas¹⁵.

El propio poeta conocía bien a autores como el antedicho Ortelio, que también trató de estas regiones y pueblos. No obstante, como trataremos de mostrar, la referencia de nuestro autor en la “Silva al estío” no es libresca. Y eso que, como vamos a ver enseguida, Moscovia y sus habitantes aparecen en obras literarias de muy distinto tipo a lo largo de todo el Siglo de Oro, algunas de ellas muy divulgadas y muy anteriores a la silva de nuestro autor, como *El cortesano*, el ya mencionado *Jardín de flores curiosas* —sobre la que volveremos— o *La Araucana*:

“Mira al norte a Moscovia, que es tenida
por última región de lo poblado,
que rematan su término y medida
las rifeas montañas por un lado,
y de las fuentes de Tanais tendida
llega al monte Hiperbóreo y mar helado,
confina con Sarmacia y Tartaría,
y corre por el Austro hasta Rusia.”¹⁶

En *El viaje entretenido* los moscovitas aparecen entre otras naciones extranjeras y gentes incógnitas y extrañas en la “Loa de las naciones del mundo”. Después, en la “Loa de la mosca” se recurrirá a la broma de decir que ésta es natural de Moscovia¹⁷.

¹¹ Santiago Montoto de Sedas (ed.), “Estudio preliminar”, en Rodrigo Caro, *Varones insignes en letras de la ilustrísima ciudad de Sevilla. Epistolario*, Sevilla, Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 1915, pp. LXI y LXXIV.

¹² Sobre éste y otros documentos relativos a Francisco de Calatayud y sus deudos daremos amplia noticia en breve en sendos artículos en los que venimos trabajando desde hace tiempo.

¹³ *Vid. art. cit.*, p. 98.

¹⁴ *Relaciones universales del mundo de Juan Botero Benes, Primera y Segunda parte, traducidas a instancia de don Antonio López de Calatayud...*, Valladolid, Herederos de Diego Fernández de Córdoba, 1603.

¹⁵ *Vid. infra* pp. 295-296.

¹⁶ Alonso de Ercilla, *La Araucana. II*, ed. de Marcos A. Morínigo e Isaiás Lerner, Madrid, Castalia, 1979, 2 vols., vol. II, p. 227.

No falta tampoco alguna referencia en el teatro de Lope:

El romano o moscovita,
El de Sicilia o de Candía
Y de todas las naciones
Que amparan estas murallas
(*La pérdida honrosa o Los caballeros de San Juan*)

Ay Moscovitas, Balacos,
Rosos, Búlgaros, Boemios,
Ingleses y Dinamarcos
(*La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel*)¹⁸

De 1606 es la comedia de Lope *El gran duque de Moscovia y emperador perseguido*. Ese mismo año Francisco de Calatayud asiste como espectador a un certamen poético, comedia y torneo burlescos, celebrados en San Juan de Alfarche, cerca de Sevilla. En él tomaron parte los dramaturgos Jiménez de Enciso y Ruiz de Alarcón, que firmaron el cartel del torneo con los sobrenombres de *El caballero del Buen Gusto* y *D. Floripando Talludo, Príncipe de Chunga* respectivamente, y en el que otro de los contendientes, Lorenzo de Medina, adoptó el de *El satánico Príncipe Moscovita*¹⁹.

Los personajes moscovitas de ficción más conocidos de nuestras letras se hallan en obras bastante posteriores: *Eustorgio y Clorilene, historia moscóvica*, de Enrique Suárez de Mendoza y Figueroa, y, por supuesto, Rosaura y Astolfo, de *La vida es sueño*, de Calderón.

Frente a ellos, los moscovitas en general y el Duque Basilio en particular no gozaban de buena fama. El "Elogio" de Jovio de este último apenas merece el nombre de tal²⁰. En la Parte Primera de sus *Relationi* Botero los

¹⁷ Agustín de Rojas Villandrando, *El viaje entretenido*, ed. de Jean Pierre Resson, Madrid, Castalia 1972, pp. 126-127 y 268 respectivamente.

¹⁸ Ambos pasajes cit. por Carlos Fernández Gómez, *Vocabulario completo de Lope de Vega*, Madrid, RAE, 1971, 3 vols., vol. II, p. 1858.

¹⁹ Vid. Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, Rivadeneira, 1863-1869, 4 vols., vol. I, cols. 1251-1255 y 1259-1301 y, en particular, cols. 1255, 1268, 1291 y 1295.

²⁰ "Es señor codicioso, y a nadie da, y es tan apocado, que quita a sus embajadores los dones que grandes príncipes les dan, y assi es tenido por desdichado en guerra. Por que los suyos le obedecen de mala gana, y no pelean con valor. (...) Porque Basilio, siendo desigual a tanto poder, no supo que consejo tomar, y huyo con tanto miedo que se escondió debaxo un monton de heno. (...) Basilio, siempre vencido, y siempre saluo, murio de un gran catarro, siendo verdaderamente infame por sus repudios, y por que era soberuio, y poco honrado entre los suyos, por que ni era liberal, ni benigno, y era infamado de que imitando el abominable exemplo de Iuan su padre era enemigo de mugeres y empleaua su luxuria en otra parte como mal hombre" (Paulo Giovio, *Elogios*, Granada, Hugo de Maena, 1568, ff. 177v. y 178r.)

considera cobardes, apocados y miserables. Torquemada los pinta así: “Son estos moscovitas astutos, sagaces, hombres que guardan mal su palabra, y sobre todo son crueles”²¹. En *El criticón* Gracián también atribuye la Astucia a Moscovia (I, crisis 10: “La feria de todo el Mundo”) y en otro lugar de esta misma obra escribe: “Es Europa vistosa cara del mundo, grave en España (...) ceñuda en Moscovia” (III, crisis 4: “El Mundo descifrado”)²².

Lo que sí se tenía en gran aprecio y era conocido en todo Europa y aun fuera de ella era las pieles con las que comerciaban. Las alusiones menudean desde *El cortesano*²³ hasta los *Cigarrales de Toledo*, de Tirso:

“Y, porque hiciese experiencia
del amor que le tenían,
de dos en dos le ofrecían
los más estimados dones
que en las diversas regiones
del mundo sus senos crían.
Oro le daba el arabio
(...)
cristal helado el moravio,
(...)
y pieles el moscovita”²⁴

Pasando, naturalmente, por el *Jardín* de Torquemada:

(...) estos moscovitas caminan con sus mercaderías (...) y lo principal en que tratan y llevan de su tierras son muy preciosos aforros y de muchas suertes.²⁵

Entre las más valoradas estaban las martas “cebollinas”, que decía Sancho, pues hasta él tenía noticia, aunque imperfecta, de las por entonces ya proverbialmente famosas martas cebellinas (*Quijote*, II, 14)²⁶. Pero éstas y sus mercaderes moscovitas aparecen ya como trasfondo de uno de los cuentecillos

²¹ Ed. cit., p. 495.

²² Baltasar Gracián, *El criticón*, ed. de Santos Alonso, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 266, 437 y 611. *Vid.* también pp. 266 y 437. Por el contrario, en obras anteriores, al enumerar las ventajas y atractivos de distintas ciudades y naciones de Europa, califica a Moscovia de “amena” (“El Discreto”, en *Obras completas*, II Madrid, Turner, 1993, p. 182) y alaba la capital, “Mosca, en la Moscovia, por su saludable terreno, donde jamás halló entrada la peste, tan poblada, que entra en el número de las cuatro famosas de Europa” (“El Político”, en *ibid.*, p. 82).

²³ *Vid.* Baltasar de Castiglione, *El cortesano*, ed. de Rogelio Reyes Cano, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, pp. 190-191.

²⁴ Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, ed. de Luis Vázquez Fernández, Madrid, Castalia, 1996, p. 221.

²⁵ Ed. cit., p. 495.

²⁶ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1996, p. 658.

de *El cortesano*²⁷ y de ellas se nos da noticia, una vez más, en el *Jardín de flores curiosas*:

De tigres hay muy gran abundancia, y tanto se aprovechan de sus pieles para muchas cosas como de las otras, porque hacen de ellos vestidos, cobertores de cama para la gente común; pero la caza principal y más estimada es la de las martas que nosotros llamamos cebellinas (...) ²⁸

Olao Magno, al que en algunos momentos sigue muy de cerca Torquemada, dedicaba un capítulo completo a tratar de las martas cebellinas y de sus pieles (lib. XVIII, cap. 15):

Sus mercancías son pieles preciosas con toda suerte de precios y variedad, a saber: cebellinas, mardurinas y varolinas (...).

La cebellina nace en las selvas más alejadas de los moscovitas y, atravesando un gran espacio de tierras y mares, es transportada para los extranjeros. ²⁹

Las finas pieles de Moscovia salen a relucir en el romance de Góngora "Al nacimiento de Cristo Nuestro Señor", que comienza "Nace el niño, y velo a velo":

(...)

Leves reparos al frío
son todos; pero más graves
que los alientos de un buey
que, aunque calientes, son aire.

De flacos remedios usa
que, a servirse de eficaces,
estufar pudiera al Norte
la menor pluma de un ángel.

Tiembla, pues, y afecta el heno
cuanto pudieran prestalle
Colchos de preciosa lana,
Moscovia en pelo suave.

(...)³⁰

Del contexto se desprende que esas pieles de Moscovia del texto gongorino, además de suaves, como se dice expresamente, son cálidas, de abrigo,

²⁷ Vid. *supra*, p. 296, n. 23.

²⁸ Ed. cit., p. 469.

²⁹ Olao Magno, *Historia de las gentes septentrionales*, trad. de J. Daniel Terán Fierro, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 334 y 436.

³⁰ Luis de Góngora, *Romances*, ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 468-69.

como las pellizas de marta cebellina y otros tipos de las que nos habla por extenso Olao Magno.

Si volvemos ahora al verso de Calatayud, parece claro que “el cuero que el mosco a España envía” debe de ser alguno de los diversos tipos de aforros moscovitas. Ahora bien, como decíamos al principio, es esencial no perder de vista el contexto: adviértase que, a diferencia de lo que sucede en el poema de Góngora, aquí la piel moscovita no sirve de abrigo. Muy al contrario, el poeta y su amigo Leucido, que están “recostados” en ella, tratan, por todos los medios, de aminorar los efectos del sofocante calor del estío, lo cual no casa bien con las martas cebellinas o cualquier otro tipo de piel de abrigo. Se trata, a todas luces, de otra modalidad menos presente en los textos literarios pero frecuente en los inventarios de bienes de la época, especialmente en los del s. XVII³¹: la llamada *vaqueta de Moscovia*, utilizada en bufetes –Gracián, a quien ya hemos citado repetidamente, menciona los bufetes moscovitas³²–, baules, arcones, cofres, y algún escritorio y mesa, pero, sobre todo, en la fabricación de diversos tipos de asientos, lo cual conviene a nuestro texto.

No queremos pasar por alto, sin embargo, una acepción de Moscovia que no recoge el *DRAE* y que aporta una información de gran interés en relación a los versos de Calatayud: “MOSCOVIA. f. *Cuba*. La piel del ganado vacuno curtida, zurrada y preparada de manera que sirve para colocarla en la cama y *refrescarla*. También se llama vaqueta”³³. A un uso semejante podrían estar destinadas las “dos vaquetas de Moscovia” que, al igual que una pelliza de pieles –¿también de Moscovia?– aparecen junto a unos colchones y colchas en la relación de bienes que hace el propio Calderón en su testamento:

Tres colchones de terliz de mi cama, con dos colchas de cotonía y una pelliza de pieles y dos vaquetas de Moscovia³⁴.

No obstante, la utilización más frecuente que reflejan los inventarios de la época es en asientos: bancos, taburetes, sillas, sillones. En el del pintor Diego

³¹ Vid. María Paz Aguilo Alonso, *El mueble en España durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid (“Colección tesis Doctorales”, 300/90), 1990, 2 vols., vol. II, pp. 749, 751-74, 785-86, 788-89, 791, 802-3, 807-8, 810, 817, 22, 825, 827, 836-39, 841-43, 869-70, 882-87.

³² “Dexaron ésta y pasaron a otra sala que parecía el vestuario, y aquí vieron sobre bufetes moscovitas muchos tabaques indianos con ricas y vistosas galas, lamas de Milán, telas de Nápoles (...)” [*El criticón* (II, crisis 5: “El palacio sin puertas”), ed. cit., p. 648].

³³ *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Barcelona, Hijos de Espasa, vol. XXXVI, p. 1282 (*El subrayado es nuestro*).

³⁴ Cristóbal Pérez Pastor, *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca. I*, Madrid, Fortanet, 1905, p. 395.

Velázquez se registran once sillas de vaqueta de Moscovia y siete taburetes, tres de ellos de tijera, de dicho tipo de vaqueta. En el de Juan de Espina un total de hasta 43 sillas y 33 taburetes de lo mismo. En otro, encontramos un sillón de vaqueta de Moscovia bordado de seda verde y pajiza, etc..³⁵ Pero claro está que entre todos los inventarios de la época hay uno que nos interesa sobre todos los demás y que no podíamos pasar por alto: el del mismísimo Francisco de Calatayud, entre cuyos bienes se hallaban “seis sillas nuevas de baqueta de moscovia”. “Siete baquetas de moscovia” se registran en el de su padre, además de “Una silla de mano de baqueta de moscovia con cortina de damasco y la silla de terciopelo carmesí con enserado”³⁶.

Como se ve, Calatayud no necesitaba recurrir a ningún libro. En todo caso, estaríamos ante la vivificación de los modelos o fuentes librescas que Dámaso Alonso señala una y otra vez como característica, aunque no exclusiva, de Medrano³⁷. Esto es, la actualización del modelo, de la fuente o de ciertos motivos clásicos, su adaptación a la época del autor y sus lectores en un intento de dar nueva vida a los viejos tópicos acercándolos al ámbito contemporáneo, cotidiano y propio. De ahí también la presencia de la moda de beber agua helada y otros usos y costumbres del XVII que refleja la silva de Calatayud.

Silva –no se olvide– que, aunque editada por primera vez por Rodríguez Marín dentro de la *Segunda parte de las flores de poetas ilustres de España*, fue rescatada de un olvido de tres siglos por Dámaso Alonso y recuperó su lugar en las antologías de la poesía española del s. XVII de la mano de Blecua. Eso –como queda dicho– le deben Calatayud y sus lectores a Alonso y a Blecua, por lo que –insistimos– bien puede disculparse tan pequeño traspiés por tan gran servicio.

³⁵ M. P. Aguilo Alonso, *op. cit.*, pp. 751-54, 808, 810 y 869.

³⁶ *Vid. supra* p. 294, n. 12.

³⁷ *Vid. op. cit.*, p. 303.